

# Viajes de verdad, viajes de mentira: literatura de viajes del período helenístico

Francisco Javier Gómez Espelosín

Universidad de Alcalá de Henares

## RESUMEN

Este trabajo analiza los autores – y los respectivos planteamientos ante lo desconocido- y traza las directrices que constituyen los ejes del desarrollo de las narraciones, reales o fabulosas, acerca de mundos lejanos aún por explorar en la época helenística.

**Palabras clave:** Píteas de Masalia, Nearco, Arriano, Megástenes, Literatura helenística, Libros de viaje.

## ABSTRACT

This work analyzes the authors – and their approach facing the unknown - and draws the guidelines which represent the axis of the development of the stories, both real or fabulous, about distant worlds still to explore in the Hellenistic period.

**Key words:** Pytheas of Massalia, Nearchos, Arrian, Megasthenes, Hellenistic Literature, Travel Literature.

Lo que podemos considerar, desde una perspectiva más o menos amplia o restringida, como literatura de viajes del período helenístico constituye, como tantos otros géneros literarios de la época que siguió a la muerte de Alejandro, un inmenso e irrecuperable vacío<sup>1</sup>. Pocos, si es que alguno, serían los ejemplos que podríamos aportar con plenos derechos de pertenencia a dicha categoría sin matizar extremadamente su condición literaria y narrativa dada la ambigüedad en que se mueven algunos de los textos relevantes que podrían resultar perfectamente bien acogidos por otros géneros o quedar relegado a una subcategoría propia de la literatura antigua como es el periplo, apta a recibir también otro tipo de ingredientes y clasificaciones<sup>2</sup>. Sin embargo parece que estamos en condiciones de asegurar la

---

<sup>1</sup> Sobre la pérdida de la literatura histórica del período Préaux Cl., «Sur le naufrage de la littérature historique de l'âge hellénistique», *Miscellanea in honorem J. Vergotte*, Lovaina, 1975/76, pp. 455-462. Un amplio panorama de la literatura conservada de este período puede verse en Sirinelli J., *Les enfants d'Alejandro. La littérature et la pensée grecques 334 av. J.C.-529 ap. J.C.*, París, Fayard, 1993 y en Hunter R., «Literature and its Context» en Erskine A. ed., *A Companion to the Hellenistic World*, Oxford, Blackwell, 2003, pp. 477-493.

<sup>2</sup> Sobre el periplo como género literario, González Ponce F. J., *Avieno y el periplo*, Écija, 1995 y en particular sobre el género en época helenística, «Utilidad práctica, ciencia y literatura en la periplografía

existencia de una abundante literatura de esta clase a lo largo de todo este período a través de las numerosas referencias y alusiones que encontramos esparcidas por doquier, desde obras de mayor cobertura como las historias de Diodoro y Arriano o la Geografía de Estrabón a repertorios algo más heterogéneos como la enciclopedia de Plinio el Viejo o los fragmentos de los paradoxógrafos. Se trataba, ciertamente, de una época propicia para esta clase de iniciativas por la concurrencia afortunada, aunque no casual, de tres grandes circunstancias históricas que facilitaron la irrupción de nuevos espacios dentro del imaginario griego y proporcionaron los estímulos consiguientes para encauzar a través de los mismos los caminos insondables y siempre activos de la ficción y la fantasía humanas.

Es bien sabido que las conquistas de Alejandro supusieron la apertura de nuevos y desconocidos horizontes geográficos que expandieron hasta límites insospechados el conocimiento del mundo habitado en su vertiente oriental, alcanzando territorios hasta entonces inexplorados, como las regiones del Asia central, o países como la India que figuraban ya en un lugar destacado dentro de la tradición literaria griega con todos los aditamentos propios y característicos de las tierras fabulosas de los confines del orbe<sup>3</sup>. Las noticias de la campaña, canalizadas bien a través de las correspondientes versiones oficiales, de los relatos compuestos a posteriori dedicados sobre todo a la figura singular de su principal protagonista, o de las informaciones dispersas propagadas por sus participantes más directos que en forma de rumores o anécdotas terminaron siendo progresivamente incorporadas dentro del 'saber compartido' de la época, confluyeron finalmente dentro de la tradición literaria griega hallando cabida, cada cual a su manera, en sus diferentes géneros literarios. Los ecos de la conquista quedan así reflejados en obras tan diversas como los tratados zoológicos de Aristóteles y los botánicos de su discípulo Teofrasto, las diferentes historias de la campaña escritas por quienes, en mayor o menor grado, compartieron su protagonismo como Tolomeo, Aristóbulo, Onesícrito y Nearco, la literatura geográfica representada sobre todo por Eratóstenes, desgraciadamente perdida, cuyos dismantelados pecios han confluído de alguna manera en la obra posterior de Estrabón, y en relatos bien dispares de corte etnográfico, mitológico, utópico y paradoxográfico cuyos restos se perfilan en obras muy posteriores que de alguna manera los utilizaron como fuente de información<sup>4</sup>. Las exploraciones emprendidas posteriormente por las grandes monarquías helenísticas, Tolomeo y Seléucidas, generaron también una abundante literatura a este respecto que acabó entremezclándose con la anterior por las mismas vías antes señaladas.

---

griega de época helenística» en Pérez Jiménez A. y Cruz Andreotti G. eds, *Los límites de la tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, 1998, pp. 147-175.

<sup>3</sup> Sobre el estatus de la India en este sentido Gómez Espelosín F. J., *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones, 1994, pp. 198-206, donde se menciona la bibliografía anterior al respecto.

<sup>4</sup> En general sobre los descubrimientos geográficos que comportaron las conquistas de Alejandro, Berve H., «Alexander der Grosse als Entdecker», *Gestaltende Kräfte der Antike*, Munich, 1949, pp. 88-108; Bodson L., «Alexander the Great and the Scientific Exploration of the Oriental Part of the Empire. An Overview of the Background, Trends and Results», *Ancient Society*, 22, 1991, pp. 127-138; Recientemente Hahn J., *Alexander in Indien 327-325 v. Chr.*, Stuttgart, 2000.

Casi contemporáneo de la expedición oriental de Alejandro fue el increíble viaje de Píteas de Masalia hacia los mares y tierras del norte de Europa que tuvo como resultado el descubrimiento efectivo para el mundo griego de unos territorios que habían permanecido hasta entonces completamente inexplorados y que eran apenas conocidos a base de vagos rumores y noticias difusas encauzadas a través de las viejas rutas comerciales por las que discurrían desde tiempos inmemoriales productos procedentes de aquellas regiones del orbe como el estaño y el ámbar que tenían en aquellas zonas su punto de partida inicial<sup>5</sup>. Sin duda el viaje de Píteas no alcanzó nunca el prestigio de las conquistas orientales de Alejandro ni por la envergadura del acontecimiento en sí y sus inmediatas consecuencias ni por la difusión y el juicio que merecieron sus obras a autores posteriores, algunos de los cuales de la talla del historiador Polibio o del ya mencionado geógrafo Estrabón se encargaron concienzudamente de desacreditar las realizaciones del navegante marsellés reduciendo su aventura a una simple falacia sin mayor fundamento urdida por un fabulador sin escrúpulos. Su obra, de hecho, no ha llegado hasta nosotros y sólo podemos aproximarnos de manera altamente conjetural a su contenido a través de las noticias conservadas por sus principales detractores y por las alusiones existentes en autores tardíos en las que aparecen completamente descontextualizadas<sup>6</sup>. Sin embargo sus ecos se dejan sentir dentro de la tradición literaria posterior que comienza a mostrar un interés especial por las regiones septentrionales del orbe como un nuevo escenario en el que ubicar todo tipo de especulaciones y fantasías<sup>7</sup>. Se abrían así también de este modo, probablemente mucho más a los devaneos de la imaginación que al conocimiento firme, los espacios occidentales y septentrionales del orbe que hasta aquellos momentos habían permanecido fuera de la consideración literaria si nos atenemos a los elocuentes silencios de Heródoto al respecto cuando lleva a cabo su configuración de los confines del mundo que contrastan abiertamente con el generoso espacio que dedica a la descripción de sus vertientes oriental y meridional<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> Sobre el viaje de Píteas pueden verse recientemente nuestras consideraciones en Gómez Espelosín F. J., *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Grecia antigua*, Madrid, Akal, 2000, pp. 134-145, así como Cunliffe B., *The Extraordinary Voyage of Pytheas the Greek*, Londres, Penguin, 2001 y Magnani S., *Il viaggio di Pitea sull'Oceano*, Bolonia, Patron, 2002. Sobre la sincronía de los viajes de Alejandro y Píteas, Dion R., *Aspects politiques de la géographie antique*, París, Belles Lettres, 1977, pp. 175-222, donde propone la conexión política de ambas expediciones propiciadas por iniciativa del conquistador macedonio. Sobre las antiguas rutas del ámbar, Spekke A., *The Ancient Amber Routes and the Discovery of the Eastern Baltic*, Chicago, Ares, 1976 (edición original, Estocolmo, 1957).

<sup>6</sup> Los denominados fragmentos de la obra de Píteas, titulada *Sobre el Océano*, pueden consultarse en las recientes ediciones de Roseman Ch., *Pytheas of Massalia. On the Ocean*, Chicago, Ares, 1994 y Bianchetti S., *Pitea di Massalia. L'Oceano*, Pisa-Roma, 1998.

<sup>7</sup> Al respecto, Magnani, S., «Una geografía fantástica? Pitea di Massalia e l'immaginario greco», *Rivista storica dell'Antichità*, 22/23, 1992/93, pp. 25-42.

<sup>8</sup> Véanse al respecto la descripción de la India, Arabia y Etiopía que aparecen a lo largo del libro III de sus Historias (98-114) en tanto dedica un simple párrafo a constatar su ignorancia y escepticismo sobre los confines occidentales por falta de testimonios creíbles (115). Solo la prolongación hacia el interior de las costas del mar Negro, habitadas por los que los griegos denominaban escitas, cuya estrecha relación con oriente a través de la campaña llevada a cabo contra ellos por los persas no conviene olvidar, había despertado la curiosidad y el interés del mundo griego gracias a las informaciones que llegaban de las ciudades griegas establecidas en aquellos contornos.

La tercera de las circunstancias concurrentes en este período fue quizá la plena emergencia de Cartago dentro del horizonte intelectual e imaginario griego a pesar de que la relación entre griegos y cartagineses no constituía un hecho reciente sino que se remontaba mucho más atrás en el tiempo hasta los enfrentamientos habidos por el dominio de la isla de Sicilia y la disputa por una cierta hegemonía marítima junto con los etruscos en las aguas occidentales del Mediterráneo<sup>9</sup>. Fue precisamente en la parte final de la época clásica y en los inicios del período helenístico cuando el estado cartaginés y sus instituciones suscitaron particular interés entre los intelectuales griegos más destacados como Isócrates y Aristóteles, que decidió incluir entre las diferentes constituciones existentes en el ámbito helénico como material preliminar para su estudio del gobierno ideal de la polis la de la ciudad púnica. En esta misma época se sitúa también el denominado Periplo del Pseudo Escílax que revela unos conocimientos de las regiones atlánticas africanas mucho más extensos que los que aparecen en Heródoto casi un siglo antes, con la primera mención de algunos lugares emblemáticos de estos confines como la isla de Cerne<sup>10</sup>. Al período helenístico pertenecen también la mayor parte de los numerosos tratados escritos en griego acerca de Fenicia y de su historia, que debían abarcar también la de la que inicialmente había sido colonia de Tiro, utilizados posteriormente como fuente de información por otros escritores griegos y latinos, facilitando de este modo la mayor difusión de la historia de estas civilizaciones dentro del ámbito helénico<sup>11</sup>. De esta época son igualmente los escritores griegos que narraron las denominadas guerras púnicas contra los romanos como Filino de Agrigento, Sileno de Caleacte, Sorilo de Lacedemonia o Quereas, así como algunos filósofos de procedencia cartaginesa como Clitómaco quien según el testimonio de Diógenes Laercio habría compuesto en griego más de cuatrocientos tratados<sup>12</sup>. La helenización de Cartago, llevada a cabo con más o menos matices, se habría producido sobre todo a lo largo del siglo IV a.C. propiciando todos estos encuentros y convergencias con el helenismo<sup>13</sup>. Sin embargo tras la desaparición del estado

<sup>9</sup> Sobre la relación entre griegos y cartagineses ver sobre todo Krings V., *Carthage et les grecs 580-480 av. J.-C.*, Leiden, Brill, 1998.

<sup>10</sup> Sobre esta obra Peretti, A., *Il Periplo di Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterraneo*, Pisa, 1979. Sobre los problemas que plantea dicho texto, González Ponce, «El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaica y clásica» en Pérez Jiménez y Cruz Andreotti, *Los límites de la tierra*, pp. 69 y ss. Sobre la problemática que implica la mención de la isla de Cerne, Amiotti G., «Cerne: 'última terra'» en Sordi M. ed., *Il confine nel mondo classico*, Milán, 1987, pp. 43-49.

<sup>11</sup> Krings, V., «Les lettres grecques à Carthage» en Baurain Cl. et alii, eds, *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Namur, 1991, pp. 649-668. Sobre la famosa cuestión de los *libri punici* mencionados en algunas fuentes latinas como Salustio que derivarían de esta clase de literatura helenística, Oniga R., *Sallustio e l'etnografia*, Pisa, Giardini, 1995, pp. 51-68.

<sup>12</sup> D. L. IV, 10, 67. cf. Krings, *art. cit.* en nota anterior. En general sobre la literatura púnica, Baurain, «La place des littératures grecques et puniques dans les bibliothèques de Carthage», *L'Antiquité Classique*, 61, 1992, pp. 158-177.

<sup>13</sup> Hahn I., «Die Hellenisierung Karthagos und die punisch-griechischen Beziehungen im 4. Jahrhundert v. u. Z.» en Welskopf E. Ch. ed., *Hellenische Poleis*, II, Berlin, 1974, pp. 841-854. Acerca de las dudas suscitadas por dicho proceso González Wagner C., «Critical Remarks Concerning a Supposed Hellenization of Carthage» *REPPAL*, 1986, pp. 357-375.

púnico como tal no se produjo un vacío en este terreno dado que hay que asumir la irrupción de nuevos protagonistas en este ámbito como el reino de Numidia, alguno de cuyos monarcas mantuvo relaciones privilegiadas con un centro del prestigio cultural de Rodas<sup>14</sup>, y una figura tan relevante dentro de este ámbito norteafricano desde el punto de vista intelectual como el monarca mauritano Juba II que desarrolló en su corte una gran actividad cultural estrechamente relacionada con el helenismo<sup>15</sup>. De esta manera no resulta extraño que hechos como las exploraciones que los cartagineses habían emprendido desde los primeros tiempos de su dominación en los territorios oceánicos más occidentales del continente africano y sus descubrimientos consiguientes alcanzaran una mayor difusión dentro del mundo griego<sup>16</sup>, ajustándose probablemente y entroncando de inmediato con los viejos parámetros míticos griegos que configuraban aquellas remotas regiones del orbe, por las que merodeaban los montes misteriosos, las islas prodigiosas y los seres maravillosos.

La progresiva concentración del saber en centros como la ciudad de Alejandría, cuyas prestigiosas instituciones como el Museo y su biblioteca acumulaban todo el caudal de conocimientos y nuevas informaciones procedentes de los distintos rincones del orbe, facilitó enormemente la difusión y popularización de este tipo de conocimientos que fue progresivamente filtrándose a través de los más diversos géneros literarios de la época<sup>17</sup>. Esta cómoda disponibilidad de informaciones relativas a los territorios más apartados propició el surgimiento de toda una literatura de gabinete sobre las más apartadas regiones que utilizaba con absoluta impunidad toda esta ingente clase de materiales permitiendo a sus autores viajar con la imaginación a través de todos estos nuevos espacios sin verse obligados a afrontar las dificultades e incomodidades que comportaba una aventura real de tales características. El procedimiento no era nuevo ya que la composición de relatos de viajes ficticios se había dado ya anteriormente en la literatura griega al menos desde la mismísima *Odisea*. Sin embargo lo que significaba un verdadero cambio en este sentido era la confluencia de informaciones veraces y pretendidamente objetivas llevadas a cabo en el curso de viajes de exploración con la versión literaria de este

<sup>14</sup> Existe una inscripción honorífica de la ciudad de Rodas a favor del monarca Hiempsal II publicada por Kontorini V., «Le roi Hiempsal II de Numidie et Rhodes», *L'Antiquité classique*, 44, 1975, pp. 89-99.

<sup>15</sup> Sobre la helenización de Cartago, Vössing K., «Cartagine» en Cambiano G. et alii eds., *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I, 2, *L'Ellenismo*, Roma, 1993, pp. 769-789. Sobre la figura de Juba II, Roller D. W., *The World of Juba II and Kleopatra Selene*, Londres, Routledge, 2003.

<sup>16</sup> Ya en la obra de Heródoto pueden apreciarse algunos tímidos destellos de este proceso con noticias tan célebres como la del comercio silencioso establecido por los cartagineses con los indígenas en las costas africanas (IV, 196). Sobre el tema de la expansión colonial cartaginesa en el continente africano, Huss W., *Los cartagineses*, Madrid, Gredos, 1993 (edición original alemana 1990), pp. 41-50 y Lancel S., *Cartago*, Barcelona, Crítica, 1994 (edición original francesa 1992), pp. 94-108. En particular Demerliac J.G. y Meirat J., *Hannon et l'empire punique*, París, Les Belles Lettres, 1983, todos ellos, en nuestra opinión, exageradamente optimistas y confiados en la veracidad y efectividad de las informaciones griegas disponibles al respecto.

<sup>17</sup> Al respecto puede consultarse el monumental estudio de Fraser P. M., *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, Clarendon Press, 3 vols., 1972.

tipo de aventuras que encontraban en la existencia y conocimiento de las primeras un mayor soporte factual para sus elucubraciones y fantasías dotadas así de un mayor grado de cobertura a la hora de conseguir credibilidad. La ampliación del mundo real hasta extremos que se creían casi insuperables comportaba también la necesidad de ubicar dentro de este nuevo esquema cualquier clase de aventuras viajeras incluidas las de los antiguos héroes que habían deambulado hasta entonces por espacios imaginarios mucho menos concretos y definibles.

No obstante, el papel de la fantasía y la imaginación más desbordada no perdieron peso a la hora de elaborar tales relatos a pesar de estas aparentes restricciones. Las posibilidades de comprobar *in situ* la veracidad de lo narrado no aumentaron de manera significativa a pesar de la mayor movilidad geográfica que indudablemente impulsaron las conquistas de Alejandro, por lo que la capacidad de fabulación permaneció casi intacta en manos de los privilegiados espectadores que asistían de forma excepcional al espectáculo de aquellos territorios lejanos. La fuerza de los viejos paradigmas que configuraban la estructura del orbe no podía ser desechada sin más ante el riesgo evidente de incurrir en el más absoluto de los descréditos por lo que los autores de este tipo de relatos optaban por secundar a su modo la tradición, a veces demostrando un cierto talante crítico con sus predecesores, más que por contradecirla o derrumbarla por la evidencia de los nuevos descubrimientos. La continuidad de la imagen de la India como una tierra de maravillas sin cuento promovida desde los inicios por Escílax de Carianda, su descubridor para el mundo griego, continuada después por Heródoto y acrecentada de manera considerable por Ctesias, fue la nota dominante en los historiadores de Alejandro que compartieron protagonismo directo en la expedición oriental, como Nearco y Onesícrito, o por viajeros posteriores como el embajador seléucida Megástenes, quienes a pesar de hallarse en las condiciones inmejorables para rebatir dicho modelo optaron por la más cómoda postura de confirmarlo matizando y corrigiendo algunas de las inexactitudes que podía haber generado la falta de *autopsía* (testimonio personal de primera mano) o la simple incompetencia<sup>18</sup>. Es ciertamente significativo que un autor como Polibio, que revela una actitud más crítica con la tradición anterior, asumiera con cierta naturalidad la dificultad de ofrecer un testimonio veraz y objetivo de los confines del orbe al tratarse de una realidad evasiva por la propia naturaleza de su situación, fuera de los límites de la civilización, por la falta de testimonios viables y por la misma excepcionalidad de aquellos lugares, un hecho que propiciaba comprensiblemente la rendición casi incondicional de sus autores a la fabulación más desmesurada<sup>19</sup>.

De los numerosos viajes y exploraciones realizados a lo largo de todo este período que sirvieron de soporte e inspiración a las creaciones literarias que utilizaron

<sup>18</sup> Sobre la imagen de la India en la época helenística, Karttunen K., *India and the Hellenistic World*, Helsinki, 1997. Acerca de la continuidad de este modelo en épocas posteriores, Le Goff J., «L' Occident medieval et l'Océan indien: un horizon onirique» en *Pour un autre Moyen Âge. Temps, travail et culture en Occident*, París, 1977, pp. 280-298.

<sup>19</sup> Pol. III, 58,5. Cf. Zecchini G., «Teoria e prassi del viaggio in Polibio» en Camassa G. y Fasce S. eds., *Idea e realtà del viaggio. Il viaggio nel mondo antico*, Génova, ECIG, 1991, pp. 111-141.

sus informaciones tan solo poseemos algunas escuetas noticias<sup>20</sup>. Ciertamente tampoco es mucho mayor nuestro conocimiento directo acerca de los relatos derivados de aquellos en los que las elucubraciones y las extravagancias debieron desempeñar a todas luces un papel importante muy por encima de informaciones concretas y minuciosas de carácter estrictamente geográfico o etnográfico carentes de interés para un público más amplio fuera de las cancillerías oficiales a las que irían muy probablemente destinados los informes más detallados y específicos que les sirvieron de inspiración. La mayoría de estas obras han quedado reducidas para nosotros a simples nombres, a retazos de información generalmente descontextualizada, y en el mejor de los casos a resúmenes de época posterior que son siempre el resultado final de un complejo proceso de reelaboración que deja muy atrás el supuesto original que les sirvió de punto de partida o de fuente de información. Sin embargo, salvando estas dificultades, podemos tentativamente perfilar algunas de sus líneas generales esbozando incluso lo que pudieron haber sido algunos de los representantes más ilustres de un género que debió ser en su día mucho más abundante y popular de lo que sus más que modestos y discretos restos nos permiten suponer.

Las principales derivaciones literarias de las expediciones orientales de Alejandro y sus sucesores tienen que ver sobre todo con la India y el océano meridional. Por aquellos confines discurrió entre otros el viaje del almirante cretense Nearco que navegó desde la desembocadura del Indo hasta el golfo pérsico al mando de la flota construida por iniciativa de Alejandro que deseaba explorar aquellas latitudes en su forzado viaje de retorno de la expedición oriental. Aunque no poseemos el relato original de Nearco en el que describía su viaje podemos rastrearlo a través del amplio resumen que nos ofrece Arriano en el último libro de su *Anábasis de Alejandro* y de las informaciones más dispersas pero no menos importantes que contienen al respecto la descripción de la India de Estrabón y algunas de las noticias que nos ofrece la enciclopedia de Plinio el Viejo<sup>21</sup>. Ciertamente lo que llegó a manos de Arriano y de los demás autores no fue el informe oficial redactado por el almirante cretense con el fin de dar minuciosa cuenta de todos los pormenores de su expedición desde un punto de vista logístico y militar a la cancillería real. Seguramente el propio Nearco, consciente de las limitaciones de una obra de esta índole, dirigida necesariamente a un reducido círculo capaz de sacar partido inmediato de sus informaciones, decidió reelaborar su relato de forma literaria adoptando un esquema narrativo bien diferente en el que las sucesivas etapas de su itinerario, transcurridas muchas de ellas en medio de una monotonía inevitable de

<sup>20</sup> Al respecto pueden consultarse el ya clásico en la materia Cary M. y Warmington E. H., *The Ancient Explorers*, Londres, Methuen, 1929 y las obras más recientes de André J. M. y Baslez M. F., *Voyager dans l'Antiquité*, París, Fayard, 1993 y Gómez Espelosín F. J., *El descubrimiento del mundo*.

<sup>21</sup> Sobre el libro VIII de Arriano que contiene una buena parte del relato de Nearco puede verse la reciente edición con comentario a cargo de Biffi N., *L'Indiké di Arriano. Introduzione, testo e commento*, Bari, Edipuglia, 2000. Sobre la figura de Nearco pueden verse las informaciones recogidas en Pearson L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Chico, California, 1983, pp. 112-149 y Pédech P., *Historiens Compagnons d'Alexandre*, París, Belles Lettres, 1984, pp. 159-214.

actos mecánicos de naturaleza náutica y tediosas jornadas a bordo solo esporádicamente interrumpidas por algún acontecimiento excepcional, se transformaban en suculentas aventuras marinas que seguían en su desenvolvimiento fundamental los viejos modelos del género<sup>22</sup>.

Solo así se entienden algunos episodios significativos que han traspasado el umbral realista de la reelaboración de Arriano, no especialmente interesado en dar pábulo a episodios que poseían a todas luces una vertiente de corte más fantástico. Este es el caso del famoso encuentro con las ballenas, cuya sola contemplación provocó el terror inicial de la tripulación de la flota que arrojaron los remos de la misma forma que los despavoridos compañeros de Odiseo en su encuentro con la monstruosa Escila. Sin embargo la astucia y genio de su almirante salva, también a la manera odiseica, la situación al asustar a los monstruos marinos mediante el estrépito producido mediante el griterío de los marineros dispuestos en formación de combate. Un estatus similar posee la aparición de pueblos exóticos como los famosos comedores de pescado que centraban toda su vida sobre esta clase de alimento y llegaban al colmo de traducir su jerarquía social en la apariencia y dimensiones de sus casas construidas con las espinas más grandes o más pequeñas. Este es también, sin duda, el caso de la presencia de misteriosas islas habitadas por ninfas o diosas que raptaban a los marinos desprevenidos que se acercaban por sus alrededores, un temor convenientemente disipado de nuevo por la valerosa actitud del almirante que se acerca con su nave a una de ellas. Todos ellos resultarían poco adecuados, parece, para un informe más escueto realizado desde un punto de vista técnico que concedía lógica prioridad a los datos de carácter náutico y militar. Sin embargo en el texto quedaron indicios incuestionables de su origen en una navegación real llevada a cabo en un tiempo determinado y a cargo de un individuo como Nearco provisto de los conocimientos técnicos necesarios para una singladura de estas características, como la atenta consideración al régimen de los vientos imperante en cada momento, la utilización de pilotos e intérpretes habituales en cualquier expedición exploratoria, la adecuada selección de los puntos de arribada y aprovisionamiento y la consideración constante de los objetivos del viaje que inducían a su almirante a rechazar cualquier alternativa que implicaran un desvío de los mismos<sup>23</sup>. De la misma manera, Nearco era consciente de su situación como espectador privilegiado en uno de los confines del orbe, por lo que optó por dar acogida en su obra a los tópicos y estereotipos que abundaban desde antiguo en la literatura griega acerca de estas cuestiones, tales como la descripción pormenorizada del *modus vivendi* de pueblos exóticos que chocaban frontalmente con la forma de vida griega, la mención de fenómenos naturales extraños propios de aquellos parajes liminales, el encuentro con seres monstruosos, aunque reducidos

<sup>22</sup> Sobre el relato de Nearco, pueden verse nuestras consideraciones en *El descubrimiento del mundo*, pp. 128-134, y más recientemente, Medas S., *De Rebus nauticis. L'arte della navigazione nel mondo antico*, Roma, L'Erma, 2004, pp. 144-151.

<sup>23</sup> Medas S., «Dall'esperienza nautica al racconto di viaggio nel mondo antico. Il caso del giornale a bordo di Nearco nell'Indiké di Arriano» en Benini A. y Giacobelli M. eds., *Atti del II Convegno Nazionale di Archeologia Subacquea, Castiglionello 7-9 settembre 2001*, Bari, pp. 99-106.



en este caso a inofensivas ballenas, o con islas misteriosas que representaban un serio peligro para los navegantes. Los ‘comedores de peces’, la pretendida observación de algunos fenómenos astronómicos inusuales, y el episodio relativo a la isla de Nosala consagrada al sol y habitada por una nereida constituyen claros ejemplos de esta manera de proceder, más propia de un relato de viaje destinado a un público cultivado que sabía apreciar tales delicatessen que de un seco informe oficial cuyos datos podían ser utilizados en un futuro cercano<sup>24</sup>.

Junto al relato de Nearco existieron otros muchos al respecto, casi todos ellos protagonistas también de la misma expedición real, como el de su colega y rival Onesícrito<sup>25</sup>, el de Andróstenes de Tasos, autor según el testimonio de Ateneo de un *Paraplo de la India* que a juzgar por los escasos fragmentos conservados estaría sobre todo interesado en cuestiones naturales, el de Sosandro y el de Ortágoras<sup>26</sup>. Es muy poco lo que conocemos de sus respectivas obras como para evaluar el talante mostrado por estos autores a la hora de relatar sus experiencias pero parece factible que siguieran los pasos de su almirante a la hora de dar a conocer su aventura, trasladando al terreno de la ficción y la literatura unos acontecimientos cuyo preciso desenvolvimiento carecería ya de interés a los conductos oficiales que habían recibido el informe detallado de Nearco. Sin embargo las exploraciones de las regiones orientales y los viajes a la India se incrementaron bajo el reinado de los seléucidas con el envío de embajadores a la corte de la dinastía mauriya que desembocaron en relatos que contenían abundantes noticias acerca de todos aquellos países. De entre los exploradores destaca de manera particular el nombre de Patrocles, que recorrió las regiones del Caspio y cuyo relato posterior incluía también informaciones sobre la India que al parecer fueron utilizadas por Eratóstenes y severamente puestas en entredicho por Hiparco según nos refiere Estrabón<sup>27</sup>. De la actitud de Patrocles a la hora de afrontar su relato sabemos igualmente poco pero el carácter incompleto e impreciso de su exploración del Caspio, que definió como un golfo del mar exterior, y su firme deseo de cimentar su credibilidad, por encima de sus competidores en este terreno, nada menos que en los informes redactados para el propio Alejandro a los que habría tenido un acceso privilegiado suscitan serias dudas acerca de sus intenciones en este sentido<sup>28</sup>. Sin embargo fueron al

---

<sup>24</sup> La queja expresada por Plinio en el sentido de que en los relatos de Onesícrito y Nearco no ofrecen todos los nombres de los fondeaderos ni las distancias entre ellos (VI, 96) podría constituir un indicio de los objetivos claramente literarios, ajenos casi por completo a las preocupaciones de carácter práctico que un informe técnico podría demandar, de la obra que el enciclopedista latino tenía a su disposición.

<sup>25</sup> La obra de Onesícrito no puede ser calificada como relato de viajes ya que se centraba fundamentalmente sobre la figura de Alejandro aunque contenía numerosas noticias acerca de las regiones atravesadas por la expedición. Al respecto, Brown T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Chicago, Ares, 1981 (edición original, Berkeley, 1949) y los correspondientes capítulos de las obras de Pearson, *The Lost Histories*, pp. 83-111 y Pédech, *Historiens Compagnons*, pp. 71-157.

<sup>26</sup> Sobre estos autores, Karttunen, *India*, pp. 44-46.

<sup>27</sup> Sobre el viaje de Patrocles, Cary y Warmington, *The Ancient Explorers*, pp. 151-152 y Karttunen, *India*, pp. 102 y ss.

<sup>28</sup> Al decir de Estrabón (II, 1, 6) en efecto el propio Patrocles afirmaba haber tenido acceso a los informes muy documentados y precisos que se habían escrito para Alejandro, muy diferentes al tipo de noticias apresuradas y confusas que narraban sus historiadores.

parecer los embajadores, en particular Megástenes y Deímaco, los que produjeron un tipo de literatura acerca de estos confines más cercana a nuestros objetivos, al incluir en su descripción del país numerosas fantasías y extravagancias de todo tipo que contribuyeron a asentar el modelo de la India como tierra de innumerables maravillas ya perfilado y frecuentado por los autores precedentes<sup>29</sup>.

La obra de Megástenes, concebida más en la línea de los antiguos tratados sobre tierras bárbaras practicada desde antiguo por los escritores griegos al menos desde el siglo V a.C., incluía toda clase de informaciones sobre la India, desde aspectos geográficos y etnográficos a abundantes descripciones de su estructura política y social con claras connotaciones de carácter utópico muy propias de la época. La naturaleza fragmentaria de su obra nos impide comprobar la omnipresencia del yo protagonista y espectador como guía constante sobre la que pivota todo el relato, rasgo inequívoco que situaría su obra dentro de la categoría de la literatura de viajes, pero da la impresión a todas luces que sus objetivos eran mucho más ambiciosos que proporcionar una serie de informaciones acerca de la India que corregían y ampliaban las que habían aportado sus predecesores, sobre todo si encuadramos su aventura literaria dentro de un contexto político e ideológico de competencia y rivalidad entre las dos grandes monarquías de la época, tolomeos y seléucidas, intentando contrarrestar en este sentido el célebre tratado sobre Egipto compuesto por Hecateo de Abdera, que mostraba una visión idealizada del país y no podría ser considerado en ningún momento como literatura de viajes<sup>30</sup>. Indudablemente el relato de Megástenes tenía claras pretensiones literarias a pesar de que había recorrido en persona al menos una parte de las tierras que describe y había tenido la oportunidad de conseguir información fiable al hallarse en la corte del rey Chandragupta como un invitado privilegiado. Sin embargo, una vez más, los fundamentos reales del viaje que podrían haber desembocado en un tipo de relato más objetivo y preciso dieron paso a elucubraciones teóricas de todo tipo y a la intrusión de la fantasía y la imaginación indiscriminadas que hacía desfilar una enorme retahíla de pueblos extraños sin aparente límite para sus deformaciones, a juzgar por la larga lista de Estrabón que conmina su narración al terreno de la mera fabulación<sup>31</sup>, y a la mención de fenómenos astronómicos que contradecían las expectativas habituales, a la manera de lo que hallamos ya en el relato de Nearco, pero intensificado aquí de manera notable.

Todo este ingente cúmulo de informaciones sobre la India y sus territorio limítrofes, en el que las noticias verídicas que eran resultado de la observación directa o de los testimonios recogidos en el curso de los viajes se mezclaban de forma indiscriminada con fantasías y rumores infundados, propició relatos de corte de utó-

---

<sup>29</sup> Sobre Deímaco, Karttunen, *India*, pp. 93-94.

<sup>30</sup> Al respecto véanse las agudas consideraciones de Murray O., «Herodotus and Hellenistic Culture», *Classical Quarterly* 22, 1972, pp. 200-213.

<sup>31</sup> Estrabón, II, 1, 9, si bien comparte con Deímaco la autoría de tales engendros, sin que sea posible delimitar la responsabilidad de cada uno en ello.

pico como el de un tal Amometo que compuso un relato sobre el pueblo de los atacoros, al parecer una versión india de los míticos hiperbóreos que vivían protegidos por unas colinas de todos los vientos nocivos según el escueto testimonio de Plinio el Viejo<sup>32</sup>. Ecos lejanos de este mismo caudal de informaciones relativo a la India se dejan sentir también en algunas de las noticias que aparecen en repertorios paradoxográficos como los de Isígono de Nicea y Nicolás de Damasco, en los que se mencionan pueblos longevos de aquellas latitudes y algunos otros cuya principal preocupación era el ejercicio de la justicia<sup>33</sup>. Sin embargo donde se produce con mayor claridad esta traslación de viajes y experiencias reales al espacio imaginario es en algunas elucubraciones de carácter utópico que nos ha conservado Diodoro de Sicilia adscritas respectivamente a los nombres de Evémero y Jámbulo en los que se delinearán sociedades ideales ubicadas en islas situadas en el Océano meridional cuyo fundamento geográfico pudo haber sido el descubrimiento de las islas existentes en el golfo pérsico como la de Bahrein, fruto de una exploración impulsada por el propio Alejandro, o de algunas más lejanas como la de Socotra, descubierta en el curso de las navegaciones emprendidas bajo los Tolomeos por las costas de Arabia, o la de Ceilán (actual Sri Lanka)<sup>34</sup>.

Ambos relatos pueden situarse perfectamente dentro de lo que podríamos catalogar como literatura de viajes si tenemos en cuenta que parece que era el propio autor el que asumía el protagonismo de la historia, incluso a nivel narrativo, tal y como parece revelar la reelaboración llevada a cabo por Diodoro a través de la que los conocemos, pero seguramente uno y otro iban también mucho más allá en sus intenciones, como le sucedía a la obra de Megástenes antes mencionada. Aunque la experiencia del viaje hasta la isla se hallaba presente en el relato, al menos en el de Jámbulo, como un elemento distintivo que podía además aportar la dosis de credibilidad necesaria requerida en este tipo de historias, el principal objetivo de ambos autores no era la descripción de su experiencia con la mención consiguiente y obligada de pueblos y paisajes exóticos sino la configuración de una sociedad ideal en aquellos espacios como contrapunto filosófico y crítico a las realidades presentes

---

<sup>32</sup> Plinio VI, 55. Es posible que se tratara de la versión griega de los Uttarakuru, un pueblo bienaventurado que vivía al norte de la India según la tradición local, alusivo quizá a los habitantes del Tíbet, pero en cualquier caso resulta improbable que el relato de Amometo estuviera basado en la propia visión de estas gentes y sí en cambio que fuera una elaboración literaria muy al gusto de la época sobre la vida de los pueblos que habitaban en los confines del orbe.

<sup>33</sup> Dichas noticias pueden verse en nuestra traducción de los paradoxógrafos en *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, Madrid, Gredos, 1996 en los fragmentos 20 y 33 de los respectivos autores.

<sup>34</sup> El relato de Evémero está en Diodoro V, 41-46; el Jámbulo en Diodoro II, 55-60. Sobre la existencia de Taprobane (el nombre con el que conocían Ceilán) como sustento real de especulaciones ulteriores, cf. Plinio, VI, 81-83. De la existencia de relatos acerca de islas en el océano meridional que poseían enormes riquezas que ya circulaban en tiempos de Alejandro o en la época inmediatamente posterior puede constituir un indicio la noticia de Plinio acerca de la información contenida al respecto en el historiador Clitarco que mencionaba una isla tan rica en que sus habitantes cambiaban talentos de oro por caballos, Plinio VI, 198. Sobre las expediciones tolemaicas hacia Arabia, Cary y Warmington, *The Ancient Explorers*, p. 69, J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978, pp. 243-366 y Salles J. F., «La circumnavigation de l'Arabie dans l'Antiquité classique», en *L'Arabie et ses mers bordières. Itinéraires et voisinages*, París, 1988, pp. 75-102.

en su tiempo<sup>35</sup>. La forma literaria elegida, el relato de un viaje hasta aquellos remotos lugares, no era en el fondo más que una cómoda cobertura narrativa que otorgaba actualidad y credibilidad a este tipo de especulaciones utópicas al insertarla dentro de los esquemas geográficos y racionalistas de la época que demandaban esta clase de ubicaciones.

La exploración de nuevos territorios durante el período helenístico fue también notoriamente impulsada hacia las regiones del sur de Egipto y los alrededores del mar Rojo por los Tolomeos. Conocemos al respecto los nombres de Filón, Sátiro, Simias, Pitágoras, Dalión, Aristocreonte, Simónides, Bión y Basilis, como protagonistas directos de estas expediciones que dejaron además testimonio directo de las mismas en algún tipo de relato, ajustado, quizá, en la mayoría de los casos a los parámetros establecidos por los viejos tratados griegos sobre tierras bárbaras, dedicados en esta ocasión a Etiopía<sup>36</sup>. Lo poco que conocemos acerca de los mismos, apenas algunas referencias dispersas que aparecen sobre todo en las obras de Estrabón y Plinio, no nos permiten establecer ni mucho menos la condición ni el esquema narrativo de tales relatos hasta el punto de poder catalogarlos sin más género de dudas dentro de la literatura de viajes. Ciertamente algunas de sus informaciones han dejado sus huellas en un tipo de literatura posterior en la que primaban los elementos fantásticos o de ficción típicos de la literatura de viajes como los repertorios paradoxográficos. Así la noticia de Filón acerca de una fuente en Etiopía cuyas aguas rojas volvían locos a quienes bebían de ella, que aparece en Antígono de Caristo, la de Dalión acerca de un animal fabuloso denominado crocota que acudía por las noches a las casas de los campesinos para escuchar el nombre de los niños llamándolos después por el mismo para poder devorarlos, recogida en el Paradoxógrafo Vaticano, o la que menciona Hermipo, el discípulo de Calímaco, relativa a la existencia de una tribu de etíopes que tenían por rey a un perro, procedente al parecer del mencionado Aristocreonte<sup>37</sup>. Sabemos igualmente que en algunos de estos autores los prejuicios derivados de concepciones teóricas erróneas se impusieron a una realidad que no siempre fue al parecer directamente observada, como le sucedió a Dalión al describir el supuesto trazado occidental del Nilo a través de regiones por las que no había viajado en persona<sup>38</sup>. Estos elementos, aun contando con la más que probable deformación o simplificación derivada de su reutilización por los autores de esta clase de repertorios y el peso de una larga y rica tradición, que establecía una estrecha relación entre la India y Etiopía<sup>39</sup>, parecen

<sup>35</sup> La bibliografía existente sobre ambos relatos es amplia por lo que remitimos a nuestras consideraciones al respecto de ambos en *Tierras fabulosas*, pp. 261-273. Sobre la intencionalidad de Evémero puede verse el estudio de Domínguez García V., *Los dioses de la ruta del incienso. Un estudio sobre Evémero de Mesene*, Oviedo, 1994.

<sup>36</sup> Sobre estos viajes, Cary y Warmington, *The Ancient Explorers*, pp. 172-173 y Desanges, *Recherches*, pp. 248 y ss.

<sup>37</sup> Antígono de Caristo fr. 145 (160 en la edición de Westermann); Paradoxógrafo Vaticano fr. 2.; Hermipo en Eliano, *Sobre las características de los animales*, VII, 40.

<sup>38</sup> Véanse al respecto las consideraciones de Desanges, *Recherches*, pp. 259-260.

<sup>39</sup> De hecho dos de las informaciones mencionadas como fabulosas, la de la fuente de Filón y la del rey perro, sin descartar del todo la de la crocota de Dalión, podrían haber figurado también en la obra de

apuntar en la dirección de un relato de carácter esencialmente literario en el que a pesar de hallarse construido una vez más sobre una base real predominaban los aspectos más fantásticos y especulativos tendentes a satisfacer el ansia de maravillas del público. De hecho muchas de estas informaciones fueron utilizadas posteriormente por Agatárquides en su tratado sobre el mar Rojo, que no puede ser calificado como un relato de viajes *strictu sensu*, ya que fue elaborado desde su gabinete alejandrino y no como el resultado directo de un viaje real por los territorios que describe, y algunas de ellas figuraron también a modo de curiosidades en su propio repertorio de maravillas y rarezas encuadrable dentro del género paradoxográfico<sup>40</sup>.

Las exploraciones de Píteas produjeron igualmente un buen número de derivaciones literarias a pesar del escaso rastro que el texto original del navegante y estudioso masaliota ha dejado dentro de nuestra tradición literaria. El propio relato de Píteas no podía ser catalogado seguramente como un claro ejemplo de literatura de viajes a pesar de todas las apariencias a favor si tenemos en cuenta que estaba basado en las propias observaciones del autor realizadas a lo largo de su viaje de exploración por los mares del norte. Sin embargo todo apunta a que su obra se encuadraba más bien dentro de la línea de los tratados científicos de la época relativos al Océano y a la distribución de las zonas de la tierra habitada, provisto, por tanto, de informaciones de carácter técnico difíciles de interpretar por quienes no se hallaban al corriente de este tipo de investigaciones o poseían una escasa o incompleta formación científica<sup>41</sup>. De hecho, y a diferencia de lo que ha venido sucediendo hasta ahora con el resto de las obras comentadas, no se remiten a la obra del explorador ningún tipo de maravillas ni las razones de peso argumentadas por sus detractores más ilustres están basadas en afirmaciones disparatadas objetivas realizadas por el autor sino en prejuicios personales o en aspectos sorprendentes que parecían contradecir el paradigma imperante en aquel entonces, puesto seriamente en entredicho por los descubrimientos de Píteas. Su carácter pionero en el descubrimiento de las regiones occidentales de Europa, que chocaban frontalmente con las ambiciones en este sentido de alguno de sus críticos como Polibio, o la aparente imposibilidad de su hazaña, al haber recorrido los límites septentrionales de un continente como Europa que se creía entonces mayor que los demás existentes, fueron las razones de peso que indujeron al descrédito de su obra dentro de la tradición literaria, seguramente en buena parte porque no se había atenido a sus normas como era de esperar en este tipo de relatos.

---

Ctesias sobre la India ya que comparte al menos con Filón la mención en el texto paradoxográfico mencionado y es bien conocida su descripción del pueblo de los cabezas de perro así como sus pasajes sobre la fauna fabulosa de la India.

<sup>40</sup> Sobre esta obra y la figura de Agatárquides en general pueden verse Burstein S., *Agatharchides of Cnidus. On the Erythraean Sea*, Londres, The Hakluyt Society, 1989 y García Moreno L. A. y Gómez Espelosín F. J., *Relatos de viaje en la literatura griega antigua*, Madrid, 1996, pp. 122-277.

<sup>41</sup> Al respecto Aujac G., «Les traités sur l'Océan et les zones terrestres, *Révue d'études anciennes*, 74, 1972, pp. 74-85.

Sus descubrimientos, o más bien las noticias dispersas basadas en ellos, suscitaron un nuevo interés en estos confines septentrionales del orbe que aparece reflejado en algunas obras literarias que sitúan su escenario en dichas latitudes como el tratado utópico acerca de los hiperbóreos escrito por Hecateo de Abdera o la novela de Antonio Diógenes *Maravillas más allá de Tule*, que recoge de forma emblemática el nombre de la isla que marcó el límite septentrional del viaje de Píteas. Un viaje real había dado lugar una vez más a la construcción de espacios imaginarios recorridos cómodamente por escritores de gabinete que utilizaban las informaciones obtenidas en el curso de aquel para tejer a sus anchas toda clase de extravagancias. Las noticias relativas a la existencia de condiciones climáticas difíciles que propiciaban una forma de vida diferente, a la duración desigual de días y noches, a la presencia de un mar helado, o a la profusión de islas dieron lugar a fabulaciones tales como la existencia de pueblos en la Céltica capaces de ver por la noche e incapaces de hacerlo durante el día como recogía en su obra un tal Eudoxo de Rodas, autor de un periplo en el siglo III a.C., noticia que aparece referida a un pueblo de Iberia en la obra de Antonio Diógenes, o la sorprendente anécdota que menciona Plutarco atribuyéndosela a un tal Antífanes de Berge según la cual existía un lugar tan frío en invierno en el que las palabras se helaban pero podían luego con la llegada de la primavera volver a ser escuchadas tras el deshielo<sup>42</sup>. La posibilidad de un viaje a la luna desde aquellas latitudes, puesta de manifiesto en el relato de Antonio Diógenes, encontraba su punto de apoyo en las observaciones realizadas por Píteas sobre el influjo que aquella ejercía sobre las mareas, observado sobre todo en aquellas latitudes septentrionales, apuntando así la peregrina idea de que su cercanía a las mismas permitiera a los viajeros intrépidos o desesperados como los protagonistas de la obra alcanzarla desde allí. De la misma forma el posible itinerario de vuelta realizado por Píteas recorriendo todas las costas septentrionales y occidentales de Europa proporcionó un nuevo espacio para la fabulación mítica en el que situar el retorno de los Argonautas que ya debió ser explotado por el historiador siciliano del siglo III a.C. Timeo de Tauromenio y que ha dejado sus huellas en las denominadas *Argonáuticas Órficas*, una obra muy posterior, de mediados del siglo V d.C., donde hacen también su aparición otros elementos como el mar helado y las islas del Océano que se remontan seguramente al relato original de Píteas<sup>43</sup>. Escritores de obras de ficción que abarcaban las tierras del norte como las de Jenofonte de Lámpsaco o Filemón debieron seguramente buena parte de su contenido a las experiencias reales de Píteas, aunque quizá ya deformadas por la tradición posterior que pudo servirles de fuente directa, revelando así la extensión de un tipo de literatura que apenas ha dejado restos visibles en nuestra tradición que las menciones dispersas habituales que podemos hallar en el insondable repertorio de noticias a este respecto que constituye la enciclopedia de Plinio el Viejo.

<sup>42</sup> La noticia de Eudoxo aparece en Apolonio, 1, 25 (Paradoxógrafos griegos) y la de Antífanes en Plutarco, Moralia 79 A.

<sup>43</sup> Véanse al respecto nuestras consideraciones en *El descubrimiento del mundo*, pp. 289-295.

Tampoco faltaron las derivaciones literarias de las exploraciones cartaginesas por los confines de las costas africanas del Atlántico como puede apreciarse por el que constituye quizá nuestro único ejemplo superviviente de la literatura de viajes imaginarios de la Antigüedad, el denominado Periplo de Hanón<sup>44</sup>. La polémica suscitada por el mismo continúa en plena ebullición entre quienes sostienen que se basa en la versión griega de un texto original púnico, tal y como afirma el propio texto conservado hasta nosotros en un único manuscrito de Heidelberg, y los que se inclinan a favor de una obra de creación exclusivamente literaria compuesta en algún momento dentro del período helenístico<sup>45</sup>. No es posible retomar aquí toda la batería de argumentos a favor de nuestra postura, descaradamente en la línea de quienes abogan por su condición esencialmente literaria como obra de ficción, que han sido ya además convenientemente expuestos en otro lugar<sup>46</sup>. Sin embargo incluso reconociendo la lejana posibilidad de que se tratara de un relato realmente elaborado en las condiciones que se pretende, es decir como la copia griega de un texto púnico inscrito en una estela expuesta en el santuario de Cronos de Cartago, asumiendo el testimonio del rétor Elio Arístides, quien menciona que los dirigentes militares cartagineses solían dedicar en un santuario oficial un relato público de sus viajes de exploración<sup>47</sup>, y que las condiciones técnicas de navegación de la época, utilizadas eso sí de forma muy hábil, posibilitaran el retorno que hasta no hace mucho se pensaba prácticamente imposible<sup>48</sup>, todavía quedarían muchos aspectos del texto difíciles, cuando no realmente inviables, de encajar dentro de una obra de estas características. De hecho su difusión popular, basada al parecer en sus aspectos más sorprendentes, como parecen avalar algunas noticias que aparecen recogidas dentro del tratado paradoxográfico atribuido a Aristóteles alusivas a estos confines del orbe en las que aparecen islas desiertas guardadas sigilosamente en secreto por sus descubridores, montañas boscosas y aromáticas repletas de

<sup>44</sup> La bibliografía existente sobre este curioso texto es sorprendentemente amplia. La traducción del texto puede leerse en Schrader C., «El mundo conocido y las tentativas de exploración. Los orígenes de la geografía descriptiva en Grecia» en Gómez Espelosín F. J. y Gómez Pantoja J., eds., *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica*, Alcalá de Henares, ICE, 1990, pp. 81-149, y en nuestro libro *Relatos de viaje*, pp. 99-121, donde se menciona también buena parte de la bibliografía anterior así como el correspondiente capítulo en *El descubrimiento del mundo*, pp. 145-155. Recientemente, Medas, *De Rebus Nauticis*, pp. 138-144, quien reconoce la existencia de una experiencia concreta en la base de dicho relato.

<sup>45</sup> La primera de las posturas queda ejemplificada en los últimos tratamientos del tema por parte de López Pardo F., *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*, Madrid, Arco, 2000, pp. 61-64; Mederos Martín A. y Escribano Cobo G., «El periplo norteafricano de Hanón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III a. C.», *Gerión*, 18, 2000, pp. 77-107. La postura contraria fue defendida con energía en su momento por Desanges, *Recherches*, pp. 39-85 y secundada después con sus propias observaciones y matizaciones por Jacob Ch., *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París, 1991, pp. 73-84; García Moreno L. A., «Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: en torno al Periplo de Hanón» en *Bartolomeu Dias e a sua época*, Actas, vol. II, Oporto, 1989, pp. 237-257 y Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo*, pp. 145-155.

<sup>46</sup> Véase la nota anterior.

<sup>47</sup> Elio Arístides, XXXVI, 94.

<sup>48</sup> Véase al respecto las observaciones recientemente formuladas por Medas, *De Rebus Nauticis*, pp. 138 y ss.

prodigios extraordinarios o regiones lejanas provistas de curiosos productos como bloques fosilizados de sal o una gran cantidad de peces<sup>49</sup> y su posible inclusión en el tratado de Paléfato *Sobre las cosas increíbles*<sup>50</sup>, apunta más bien en la dirección contraria a un informe veraz y objetivo resultado directo de una experiencia real.

Seguramente existieron expediciones cartaginesas de esta clase, es decir que emprendieron aquella singladura con un objetivo comercial o colonial cuando no ambas cosas a la vez desde tiempos antiguos. Probablemente algunas de ellas llegaron a conocimiento de los griegos a través de los canales esbozados al comienzo de estas páginas mediante la abundante literatura en griego producida en la misma Cartago o en otros lugares como Alejandría<sup>51</sup>. Como ha señalado recientemente Stefano Medas los detalles relativos a su planificación y cometido, así como las diferentes operaciones náuticas llevadas a cabo a lo largo de la ruta, parecen ajustarse a las normas vigentes en esta clase de aventuras<sup>52</sup>. Sin embargo, el código fundamental de lectura dentro del que el texto se enmarca parece plenamente griego dado que se ajusta claramente a los paradigmas vigentes sobre el tamaño y la forma de África y a las condiciones que imperaban en los confines del mundo habitado, en este caso los meridionales, y, en consecuencia parece responder plenamente a los horizontes de expectativa del público, griego o altamente helenizado, al que la obra debió ir destinada<sup>53</sup>. Los elementos míticos que configuraban la descripción literaria de los confines occidentales y meridionales del orbe aparecen ya, aunque tímidamente, en Heródoto, se dejan sentir también en el Periplo del Pseudo Escílax, que pertenece a la segunda mitad del siglo IV a.C., y confluyen finalmente en un conglomerado de obras de época helenística y tardorepublicana cuya precisa identificación resulta más bien difícil cuando no imposible, con nombres como los de Jenofonte de Lámpsaco y Juba por en medio, y cuyos restos han quedado desigualmente reflejados en los relatos al respecto de Pomponio Mela y Plinio<sup>54</sup>. El nombre de Hanón aparecía además estrechamente relacionado con las fantasía relativas a estos confines de la ecúmene a juzgar por la irónica alusión de uno de los participantes en el banquete que sirve de telón de fondo a la obra de Ateneo a las ‘andanzas’ del almirante cartaginés, remitiendo según algunos a una obra escrita por Juba II sobre este tema<sup>55</sup>, aunque también es probable que con ello

<sup>49</sup> Véase nuestra traducción de dicho tratado en *Paradoxógrafos griegos* (37; 84; 113; 114; 134; 136) así como la reciente edición con comentario de esta obra a cargo de Vanotti G., *De mirabilibus Auscultationibus*, Pordenone-Padua, 1997.

<sup>50</sup> Sobre este autor puede verse la reciente edición con traducción y comentario de Stern J., Palaephatus, *On unbelievable Tales*, Wauconda Ill., 1996 y el comentario particular de Desanges, *Recherches*, pp. 47-48.

<sup>51</sup> Gsell S., «Connaissance géographiques des Grecs sur les côtes africaines de l’Océan», *Mémorial Henri Basset. Nouvelles études nord-africaines et orientales*, París, 1928, pp. 293-312.

<sup>52</sup> Medas, *De Rebus Nauticis*, pp. 140 y ss.

<sup>53</sup> Véanse las consideraciones en este sentido de Jacob Ch., «Aux confins de l’humanité: peuples et paysages afriains dans le Périples d’Hannon» en *Cahiers d’Études africaines*, 121-122, 31, 1-2, 1991, pp. 9-27.

<sup>54</sup> Desanges J., «Les sources de Plin dans sa description de la Troglodytique et de l’Ethiopie (NH, 6, 163-197)», en Pigeal J. ed., *Plin l’Ancien témoin de son temps*, Salamanca-Nantes, 1987, pp. 277-292.

<sup>55</sup> Ateneo, III 83 c, cf. Desanges, *Recherches*, p. 46.



se hiciera referencia a todo el cúmulo de fantasías sobre aquellos lugares asociado inicialmente a la persona de Hanón y convertido después en toda una nebulosa literaria de la que el Periplo constituiría tan solo un ejemplo que ha sobrevivido hasta nosotros.

Fuera como fuese, lo cierto es que parece que nos hallamos, una vez más, ante el mismo tipo de procedimiento que hemos venido considerando, el proceso corriente en época helenística mediante el cual un viaje de verdad, con protagonistas quizá muy parecidos pero con localizaciones de ruta más precisas y detalladas en el que se resaltarían mucho más aquellas circunstancias cotidianas ineludibles derivadas de una expedición de esta naturaleza, ancladas en un universo desconocido que sólo esporádicamente podía toparse con lo extraordinario, acabó sirviendo de cobertura creíble a un viaje imaginario, producto de una obra de ficción literaria que dejaba ya en un segundo plano, aunque todavía detectables en algunas de sus referencias, aquellas circunstancias para conceder el primer plano de la narración a los elementos más fabulosos y excepcionales. No se olvide que fue precisamente durante el período helenístico cuando se experimentó la imperiosa necesidad de encuadrar geográficamente los antiguos mitos, como la expedición de los Argonautas o los viajes de Heracles, que habían transcurrido hasta entonces en un escenario poco definible, un espacio puramente imaginario en el que tan solo la presencia de rasgos emblemáticos como el Océano o los puntos cardinales extremos constituían referencias de localización en los confines del orbe. La avalancha de nuevos descubrimientos y la ampliación consiguiente de la tierra habitada había implicado la apertura de nuevos horizontes en todas las direcciones que, aunque continuaban igualmente remotos e inaccesibles, pertenecían ahora ya al imaginario colectivo griego por donde al menos los héroes podían deambular a sus anchas con plenas garantías de credibilidad tal y como exigían las demandas de los nuevos tiempos. Obras como la del mitógrafo Dionisio Escitobraquión, empeñado en ocupar el ámbito africano con estas antiguas historias, ahora más racionalizadas, o el caso de Asclepiades de Mirlea, quien según Estrabón pobló la península ibérica de viajes heroicos, constituyen una clara muestra de dicha tendencia<sup>56</sup>. Ciertamente el proceso de ‘literaturización’ de los relatos de viaje ha constituido una constante a lo largo de la historia de la que no se han librado ni siquiera aquellos que fueron elaborados por sus propios protagonistas reales en su papel de conquistadores y exploradores estableciéndose desde entonces una dialéctica constante entre la realidad y la ficción que no ha concluido nunca en una entente cordial y bien delimitada<sup>57</sup>. El período helenístico fue seguramente una época propicia para esta interminable, y desde luego prometedora desde un punto de vista literario, clase de encuentros y divergencias.

---

<sup>56</sup> Sobre el caso del primero puede verse la monografía de Rusten J. S., *Dionysius Scytobrachion*, Colonia, 1982. Sobre el segundo, Estrabón, III, 4, 3.